

REFLEXIONES A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA DE INVESTIGACIÓN EN SOCIOLOGÍA POLÍTICA

Reflections on a research experience in political sociology

GABRIEL VOMMARO

Universidad Nacional de General Sarmiento/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina
gvommaro@ungs.edu.ar

Ante la invitación de los amigos de la revista *Prácticas de Oficio* a escribir estas breves páginas en torno a mi experiencia de investigación, me propongo reflexionar sobre algunos problemas prácticos que encontré en mi trabajo, así como sobre sus implicancias para la investigación socio-política desde una perspectiva interpretativa. Me enfocaré en el estudio del partido Propuesta Republicana (PRO)¹, aunque haré referencia a investigaciones anteriores, en especial en clases populares, para pensar el contraste entre ellas. El texto está organizado en tres puntos: en el primero, abordo la importancia de la triangulación de metodologías en el trabajo empírico en contacto directo con los actores estudiados y los desafíos que este trabajo supone en términos analíticos; segundo, me ocupo de la especificidad del estudio de actores “dominantes”, que producen profundas narrativas e imágenes de sí con las que debe lidiar el investigador; tercero, realizo algunos comentarios sobre la particularidad del estudio de un tema “de actualidad” y los efectos de la producción escrita del investigador en la relación con los actores analizados.

1. UNA SOCIOLOGÍA POLÍTICA INTERPRETATIVA: LA VOCACIÓN EMPÍRICA Y LOS MÉTODOS MIXTOS

La sociología política de raigambre interpretativa, tal como la entiendo y la aprendí de la escuela francesa tributaria de los trabajos de Pierre Bourdieu, el interaccionismo simbólico y los estudios culturales británicos, tiene una fuerte vocación empírica. Se propone la comprensión crítica de los fenómenos políticos antes que una crítica *tout court*. El momento de construcción del “objeto” es una tarea fundamental, al que sigue el trabajo de campo, ineludible para poder decir algo sobre el tema estudiado. Esta sociología política empírica actúa, en cierto modo, desde el extrañamiento: el investigador se aproxima a su objeto como si se tratara

de la visita a un grupo social completamente ajeno, del que no se conocen más que algunos trazos generales. Esta puesta entre paréntesis del conocimiento previo, en términos de la fenomenología social de Alfred Schütz, contribuye a no dar por sentado ningún aspecto del universo que se estudia. La orientación está dada por preguntas de investigación que direccionan la mirada, aunque nunca la determinan del todo. El trabajo de campo constituye un momento relativamente abierto a sorpresas y hallazgos impensados. La combinación de métodos y técnicas de recolección de datos –entrevistas, observaciones, consulta de documentos, encuestas por cuestionario– permite reconstruir una perspectiva, a la vez, cercana y distanciada de la mirada de los actores estudiados.

En consonancia con el “giro etnográfico” de las ciencias sociales argentinas, en mi trabajo privilegio la observación como vía de acceso a las prácticas de los actores. En las observaciones, así como en las entrevistas y conversaciones informales, la relación establecida con esos actores se vuelve un insumo fundamental de mi análisis. En este sentido, el “dato” no se produce sólo en ocasiones fabricadas para que éste emerja – como suele decir la antropóloga Julieta Quirós –, sino también en detalles aparentemente accesorios de la interacción, tanto antes de los encuentros cara a cara –llamadas telefónicas y mensajes de teléfono celular, conversaciones en salas de espera– como una vez que estos tienen lugar. Equívocos, tropiezos, tensiones, errores y fallidos que suceden en los encuentros cara a cara con nuestros interlocutores de campo se vuelven analizadores de nuestra relación con esos actores, así como de la manera en que somos percibidos². Los decorados con que nuestros entrevistados visten los recintos en que nos encontramos con ellos –despachos, pasillos, comedores populares– también se vuelven observables de algunos rasgos de esos actores: fotos de Juan y Eva Perón, del Papa Francisco, de Mauricio Macri, retratos familiares, cruces, maquetas y libros de autoayuda empresaria forman parte de los elementos

¹ Me refiero a una investigación de largo aliento realizada en el Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, y que co-dirigí junto a Sergio Morresi. La misma se llevó a cabo entre 2010 y 2015 y contó con financiamiento de la UNGS, de Conicet y del FONCYT. Sus resultados fueron publicados en diversos trabajos, entre otros (Morresi y Vommaro, 2014; Vommaro et al, 2015; Vommaro y Morresi, 2015).

² Lo que ya ha sido señalado por (Chamboredon et al, 1994) cuando hablan de la necesidad de objetivar al mismo tiempo la entrevista (la información allí producida) y la situación de entrevista.

que encontramos en nuestro campo. Estuvimos en oficinas abigarradas de objetos y con una circulación permanente de personas, en otras en las que reinaban fotos de parejas e hijos en composiciones clásicas, o bien sitios despojados, en los que el ocupante parecía estar listo para partir en cualquier momento. Estos signos referían a políticos tradicionales que se ocupan de la “resolución de problemas” de sus clientelas electorales, nuevos cuadros de filiación católica provenientes del mundo de las ONG, altos gerentes de empresa devenidos, transitoriamente, funcionarios públicos.

El monitoreo de los detalles no dichos de la experiencia de campo, así como del modo en que, en función de cómo somos percibidos, los actores construyen su “presentación de sí”, por utilizar la fórmula de Goffman, requiere mantener en la relación con los “datos” una permanente reflexividad, de la que hablaban Pierre Bourdieu y sus colegas. El trabajo reflexivo requiere una explicitación de la relación del investigador con el objeto de estudio –preconociones, afinidades, rechazos–, con los interlocutores de campo –actores que encuentra en relaciones cara a cara o a través de documentos recogidos en trabajo de archivo–, con los valores políticos y morales que ellos movilizan, etc. Es decir, llevar a cabo una vigilancia epistemológica (Bourdieu et al, 2002) que implica tomar en cuenta como parte del trabajo de investigación tanto lo que el objeto de estudio provoca en nosotros como lo que nosotros provocamos en él.

En este sentido, puesto que la reflexividad no es sólo propiedad del analista sino una herramienta de todos los actores competentes del mundo social, practicarla también refiere, como dijimos, al hecho de incorporar en nuestro análisis el modo en que somos percibidos, tratados, etc. por nuestros interlocutores, lo que constituye un elemento de la relación entre entrevistador y entrevistado que también habla de los posicionamientos, visiones del mundo y valores del primero, tanto como aquello que responde deliberadamente frente a un grabador. El decir como decir situado supone también aprehender ese contexto como parte constitutiva del significado del discurso³. En otros casos, en los que los lugares comunes dominan la conversación, estos indicios de la manera en que somos percibidos nos evitan absorber acriticamente el discurso de nuestro interlocutor, mirada oficial, *prêt-à-porter*, publicitaria, o bien seleccionar de entre sus dichos sólo aquello que nuestras preconociones esperaban encontrar. Y esto más aún cuando, muchas veces, los interlocutores pueden querer darnos lo que venimos a buscar, en especial cuando coincide con sus expectativas y visiones de sí y con el modo en que quieren mostrarse en público.

En mi trabajo complementé estas interacciones cara a cara con los actores estudiados, así como el uso intensivo de las entrevistas al que tendemos los sociólogos, con otro tipo de fuentes. Al respecto, la realización de encuestas por cuestionario me permitió, en el caso del estudio sobre los cuadros políticos de PRO, reconstruir

algunos rasgos dominantes del universo estudiado no fácilmente reconstruibles por otros medios. Si bien aquí también existe cierta dependencia de la palabra de los interlocutores de campo, la obtención de datos de la trayectoria familiar, educativa, profesional y política de los actores –con funciones legislativas o ejecutivas en la Ciudad de Buenos Aires– posibilitó sortear algunos lugares comunes de la mirada “oficial” sobre ellos, así como de sus principales críticos, y definir las lógicas y jerarquías organizacionales que daban vida al partido. A partir de esa encuesta, en la que colaboraron todos los miembros del equipo de trabajo, establecimos la existencia de cinco grupos diferenciados al interior de PRO: los radicales, los peronistas, los provenientes de fuerzas de centro-derecha, los activistas y profesionales de ONG y Fundaciones, y los cuadros empresarios (Morresi y Vommaro, 2014). Estos dos últimos correspondían a cuadros de reciente ingreso a la política. En este sentido, vimos que, a pesar de que PRO se construye en su narrativa oficial como un partido *nuevo*, de personas que se “meten en política”, según los términos que los propios dirigentes emplean, los cuadros que encuestamos se distribuyen en mitades casi exactas entre los que tienen experiencia política anterior y quienes realizan sus primeras armas en la nueva fuerza. La mayor visibilidad de los nuevos políticos tiene que ver, ciertamente, con una estrategia de presentación pública del partido como fuerza ajena a la desprestigiada “clase política” argentina. Pero ella se explica también, por un lado, por los diferentes compromisos con la vida partidaria que poseen los viejos y nuevos políticos –estos últimos, con mayor proporción de afiliados con cargos en la estructura interna–, y, por otro lado, y en relación con lo anterior, con el hecho de que son los nuevos políticos –en colaboración con la facción de centro-derecha– quienes controlan los espacios internos de toma de decisiones (Vommaro y Armesto, 2015). Estas diferencias se articulan con una división del trabajo al interior del partido que permite que todos los actores encuentren incentivos para mantenerse en él: incentivos selectivos (cargos, en especial electivos) para los políticos radicales y peronistas, incentivos colectivos para los nuevos políticos y quienes provienen del centro-derecha.

La segunda cuestión que pudimos objetivar a partir de nuestra encuesta es el posicionamiento ideológico de los cuadros partidarios, lo que nos llevó a tomar distancia tanto de la narrativa oficial de un partido “más allá de la izquierda y la derecha”, como de las críticas que lo asociaban con la derecha argentina tradicional. Los posicionamientos mayoritarios en temas como derechos humanos, control de la protesta social y políticas económicas permiten establecer rasgos claros de PRO como fuerza de centro-derecha. En cambio, su reconocimiento de la democracia electoral y su apoyo a un rol activo del Estado en la redistribución de recursos al interior de la sociedad nos llevó a distinguir este centro-derecha de sus predecesores, en especial de las derechas autoritarias de buena parte del siglo XX y de las neoliberales de los años noventa de esa centuria. La objetivación estadística, combinada

³ Lo que refiere a aquello de H. Garfinkel llama la “indexicalidad” del lenguaje. Cf. (Garfinkel, 2006).

con los otros materiales de campo, contribuyó a dar sentido sistemático a nuestra caracterización del nuevo partido como una “nueva derecha”, pragmática y post-ideológica, que integra elementos de otras tradicionales ideológicas (Vommaro y Morresi, 2015).

2. ESTUDIAR A LOS DOMINANTES

A diferencia de otros campos en los que las personas están habituadas a recibir observadores, evaluadores, etc., las élites políticas y sociales parecen menos proclives a aceptar miradas externas. En efecto, en nuestra experiencia de terreno en un barrio popular (por ejemplo, Vommaro y Quirós, 2011) hemos podido ver el modo en que, en especial en los espacios de sociabilidad política en los que participan beneficiarios de programas sociales que realizan una “contraprestación”, pero no sólo en esos casos, las personas están habituadas a ser observadas en sus actividades cotidianas, y esa mirada externa, asociada con una evaluación del “merecimiento”, en algunos casos, o de la justeza de la retribución, en otros, condiciona sus percepciones respecto del investigador, al que pueden asociar con un funcionario, con un dirigente de la organización de pertenencia, o hasta con un periodista (Vommaro y Combes, 2016). Este último personaje social representa, a los ojos de estos interlocutores de campo, la mirada externa acerca de la ilegitimidad o de la reprochabilidad moral del compromiso político interesado, es decir mediado por la circulación de bienes de origen público –planes, raciones en comedores, merenderos, etc.– que parecerían hacer de estos actores rehenes de la voluntad de los dirigentes (los patrones) en el marco de relaciones de clientela⁴. De este modo, estos actores desarrollan estrategias de presentación de sí que les permitan aparecer, ora como víctimas de injusticias que no controlan, ora como esforzados trabajadores del “trabajo político y social”. Y eso sucede tanto con los militantes como con los dirigentes barriales.

En el caso de la investigación sobre PRO, en cambio, nuestros interlocutores de campo, dotados de un alto capital cultural y social⁵, forman parte de grupos sociales no habituados a esta mirada evaluativa externa. Al contrario, trabajan por producir una imagen de sí elaborada, proactiva, que se hace pública por voluntad de sus propios miembros, en especial cuando en ella se puede jugar la suerte profesional o social *tout court* de estas personas. Es el caso de las élites políticas en general, y de los cuadros de PRO en particular, aún de aquellos que, sin trayectoria política previa, ingresaron a la actividad de gestión del Estado a partir de 2007. Los dirigentes políticos más encumbrados tienen una imagen de sí cuidadosamente fabricada que difundir y defender públicamente, tanto en los medios de comunicación como en los encuentros cotidianos,

4 Cf. sobre este punto las observaciones críticas que realizamos en (Vommaro y Quirós, 2011) y en (Vommaro y Combes, 2016).

5 La totalidad pasó por los estudios universitarios y sólo el 8% no los concluyó, en tanto que más de la mitad de la muestra (56%) tiene un posgrado inconcluso (4%) o terminado (52%).

cara a cara (Vommaro, 2008). Cuentan, para eso, con personal que trabaja en el cuidado de la imagen, en el manejo de la prensa, etc. Estos son los primeros filtros que encontramos para ingresar al campo, para concertar las entrevistas con esos cuadros partidarios y de gestión. En el caso de los cuadros de PRO, la presentación de sociodicea de actores desinteresados que se “meten en política” para “colaborar” ha sido una constante, tanto en el trabajo de campo como en la comunicación política de los cuadros que controlan la imagen pública de esa fuerza. Así, nos encontramos con actores que, como afirman Pinçon y Pinçon-Charlot en virtud de su experiencia de investigación con la gran burguesía francesa, son, en tanto grupos dominantes –políticos, altos funcionarios, “hombres de mundo”–, “profesionales de la expresión oral” (2011: p. 49). En este contexto, los materiales recogidos en las entrevistas y en los medios de prensa deben ser puestos en relación con otra serie de informaciones que no surgen de ese decir.

Sin embargo, las precauciones metodológicas que tomamos para evitar tomar por ciertas las miradas oficiales sobre los actores estudiados no deben llevarnos a reemplazar esas construcciones de sí por las construcciones del investigador. En este punto, creemos que es necesario establecer una simetría entre el trabajo con élites y el trabajo con sectores subalternos. En el caso de nuestro trabajo sobre las clases populares, en lugar de reemplazar la palabra de los actores por una atribución de motivos de parte del investigador basada en la construcción de un modelo de agente movido por la racionalidad instrumental o por la dominación simbólica, nos propusimos tomar seriamente el modo en que nuestros interlocutores de campo se involucran en controversias morales en torno a la producción y circulación de bienes políticos en situaciones de conocimiento mutuo de más o menos largo aliento, y en función de ello reconstruimos la economía moral de los intercambios que operaba como reguladora de la relación entre los ocupantes de posiciones dominantes y dominadas en los contextos estudiados. En el estudio de las élites políticas de PRO, en tanto, evitamos tomar sus modos de presentación pública como meros artefactos o ilusiones ideológicas, y en cambio los relacionamos con su búsqueda de reivindicar los mundos sociales con los que se relaciona ese partido de manera privilegiada –el mundo de los negocios y de las ONG– y de los que toma parte de sus repertorios morales y estéticos de acción y de discurso; al hacerlo, transforma elementos del emprendedorismo y del trabajo voluntario en recursos de la acción partidaria. Es en base a estas complicidades socio-culturales transformadas en esquemas cognitivos y de clasificación dominantes en esa fuerza que puede entenderse la narrativa oficial de PRO como el partido de los que se “meten en política”.

3. LA RELACIÓN CON EL DEBATE PÚBLICO. ESTUDIAR UN TEMA “DE ACTUALIDAD”

Como objeto de estudio PRO fue, desde el comienzo, un tema de actualidad. Sin embargo, su relevancia en

la agenda de las ciencias sociales era baja. Muchos de nuestros colegas dudaban de que se estuviera frente a un objeto digno de atención para las ciencias sociales, ya sea por su fugacidad –en esas miradas escépticas, la posibilidad de supervivencia del sello más allá de sus circunstanciales éxitos electorales era mínima– o por su falta de “espesura” –lo que nosotros veíamos como partido, otros lo aprehendían como un “sello” al servicio de un líder de popularidad–. A medida que el partido fue creciendo en términos de visibilidad pública y que mejoraban sus *scores* electorales, PRO fue ganando la atención de los científicos sociales, que no obstante mantenían una cierta distancia hacia un fenómeno que parecía confinado a un territorio específico: la ciudad de Buenos Aires. Los triunfos electorales de 2015, en especial el de María Eugenia Vidal en la provincia de Buenos Aires y el de Mauricio Macri en las presidenciales, tuvieron un doble efecto. Por un lado, atrajeron definitiva y contundentemente la atención de los académicos hacia PRO y sus élites políticas. Esto dio cuenta de la débil autonomía que mantienen las ciencias sociales argentinas respecto de su agenda de investigación, fuertemente marcada, aún en tiempos de gran desarrollo a través del aumento de los recursos estatales destinados a su financiamiento, por las coyunturas políticas y por los vaivenes de los debates mediáticos asociados a ellas. Por otro lado, y en relación a esto último, los resultados de las elecciones de 2015 volvieron el objeto de estudio un tema de interés del espacio de la comunicación política.

En este contexto, surgió el problema de cómo construir un discurso específico como cientista social en relación a un asunto de polémica cotidiana que despertaba pasiones encontradas. La voluntaria y permanente remisión de mis intervenciones, al ser solicitado por medios de comunicación, a los hallazgos empíricos de una investigación de larga data me permitió evitar la tentación, cada vez que fue posible, de dar diagnósticos aventurados y opiniones sobre aristas del fenómeno de las que no tenía elementos sólidos. De esa manera, busqué cimentar mi participación en lo que consideraba era un modo política y éticamente productivo de contribuir, a través de insumos informados, a que los términos del debate se complejizaran. En este último punto, pude constatar con claridad las grandes limitaciones de los científicos sociales en el debate mediático, y más aún en tiempos de polarización política en el que los públicos tienden a consumir información que confirma sus prenociones y, por tanto, a aceptar raramente visiones que tiendan a contradecirlas.

La decisión de participar del debate público se vio precedida por la de realizar un texto dirigido a lectores no sólo académicos. La publicación de *Wen* la editorial Planeta, a comienzos de 2015, no sólo permitió dar a conocer nuestro trabajo a personas generalmente alejadas del consumo de la producción académica, sino que también favoreció que fuéramos leídos por nuestros interlocutores de campo. La recepción del libro por parte de los dirigentes de PRO fue dispar. En líneas generales, todos tomaron con agrado el hecho de que hubiera un texto académico dedicado a esa

(nueva) fuerza política. Sin embargo, eso implicó para ellos aceptar una observación que distaba de compartir la imagen encantada que las élites de PRO tenían de sí. Al respecto, en el trabajo de campo que emprendí a partir de mediados de 2015, y que concluyó a comienzos de 2017, cuando volví a entrevistar élites partidarias de PRO, o bien al nuevo personal de gobierno proveniente del mundo de los negocios, hubo momentos en que afloró ora la crítica por no dar suficiente protagonismo a algunos rasgos del partido –por ejemplo, una senadora perteneciente al grupo con orígenes en el centro-derecha tradicional cuestionó el poco lugar que, a su juicio, dimos a este afluente del partido en nuestro libro–, ora la desconfianza, entre quienes conocían el libro pero no lo habían leído, respecto de la mirada negativa sobre el nuevo personal político de la que, en la visión de algunos de esos políticos de PRO, yo podía ser portador.

En líneas generales, de todos modos, la lectura de los actores del partido de productos de la investigación abrió algunas puertas y permitió situar más claramente el contrato de la relación que, en mi rol de analista, quería establecer con ellos: más allá de intenciones de develar “tramas ocultas” y más acá de la búsqueda de una crítica ideológica para congraciarme con las personas de mi círculo íntimo. Porque, en definitiva, la investigación socio-política no es una ocasión para celebrar mi estilo de vida, o para reafirmar mis creencias, sino una actividad de conocimiento de determinados objetos de la realidad que permite contribuir al debate y la acción públicas a partir de las cuales aquella puede ser transformada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean Claude Passeron (2002). El oficio del sociólogo. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2003). "L'objectivation participante". Actes de la recherche en sciences sociales, vol. 150, n° 1 : 43-58.
- Chamboredon, Hélène, Fabienne Pavis, Muriel Surdez, Laurent Willemez (1994). "S'imposer aux imposants. A propos de quelques obstacles rencontrés par des sociologues débutants dans la pratique et l'usage de l'entretien". Genèses, n° 16, pp. 114- 132.
- Garfinkel, Harold (2006). Estudios en etnometodología. Barcelona: Anthropos.
- Goffman, Erving (2001). La presentación de la persona en la vida cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sergio Morresi y Gabriel Vommaro (2014). "Argentina: The Difficulties of the Partisan Right and the Case of the pro Party". En Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira Kaltwasser (editores). The Resilience of the Latin American Right. John Hopkins University Press, Baltimore, pp. 319-345.
- Pinçon, Michel y Monique Pinçon-Charlot (1997). Voyage en grande bourgeoisie: journal d'enquête. París: PUF.
- Schütz, Alfred (1995). El problema de la realidad social. Buenos Aires: Amorrortu.
- Vommaro, Gabriel (2008). Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999). Buenos Aires: Prometeo/UNGS.
- Vommaro, Gabriel y Julieta Quirós (2011). "'Usted vino por su propia decisión': repensar el clientelismo en clave etnográfica". Desacatos, n° 36, pp. 65-84.
- Vommaro, Gabriel y Sergio Morresi (compiladores) (2015). "Hagamos equipo". PRO y la nueva derecha en Argentina. Buenos Aires: Ediciones UNGS.
- Vommaro, Gabriel; Sergio Morresi y Alejandro Bellotti (2015). Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar. Buenos Aires: Planeta.
- Vommaro, Gabriel y Melchor Armesto (2015) "¿Nuevos políticos en el partido, viejos políticos en las listas? Reclutamiento partidario y división del trabajo político en PRO, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires". Pasado abierto, n° 2, pp. 110-132.
- Vommaro, Gabriel y Hélène Combes (2016). Clientelismo político. Desde 1950 hasta nuestros días. Buenos Aires: Siglo XXI.